

Santiago, 2 de junio de 1974

Excelentísimo señor
Don Emilio Tagle Covarrubias
Arzobispo Obispo de Valparaíso.
Valparaíso

Excelentísimo señor y muy querido don Emilio:

Esta carta, que le lleva mi adhesión más respetuosa y plena de afecto por sus palabras de hace algunos días y el agradecimiento como chileno y sacerdote por la posición que esas mismas palabras configuran y determinan, le llega con un poco de retardo debido a que acabo de terminar una visita a los Hogares que la Fundación Mi Casa tiene en el sur del país; pero no por retrasada es menos entusiasta y cordial.

Sus palabras, entre otros muchos méritos, tienen dos que quisiera destacar.

Ellas constituyen un factor de unidad.

¿Por qué me atrevo a expresar esta opinión?

Porque cuando apareció la Declaración de los señores Obispos fuimos muchos los desconcertados, ya que algunas de las consideraciones e ideas se referían a temas contingentes acerca de la cosa pública, sobre los cuales es lícito estar o no de acuerdo y es posible estar o no equivocados. Muchos de nosotros los católicos, hubiéramos querido decir algo, pero sentíamos el temor de hacer más mal que bien y caer en el defecto que acertadamente en esa Declaración se señala: "otras voces se dejan oír a veces, que sin tener la autoridad dada por Cristo, pretenden orientar al pueblo de Dios y sólo logran introducir en sus vidas perturbaciones y desconciertos".

En cambio sus palabras revestidas de la Potestad del Magisterio, llenas de auténtico sentido cristiano, de mesura y de franqueza, hacen que pueda ser, posible, en esta nuestra Iglesia chilena, que aparece dividida pero que en el fondo no lo está, abrir el diálogo fraterno y fecundo que nos conduzca, como señala la misma declaración aludida a: "estrechar los vínculos de nuestra Comunidad para proseguir en esta marcha en pos de Cristo, que constituye la vocación de la Iglesia".

Los vínculos entre hermanos sólo se estrechan cuando hay franqueza, y no quedan vibrando en el aire medias palabras o falsas interpretaciones.

Además sus palabras abren la puerta a la toma de conciencia, por parte de los simples sacerdotes y los católicos, de los derechos y obligaciones que tienen con respecto a la cosa pública y al ejercicio contingente de la autoridad.

El Concilio Vaticano II en la Constitución Pastoral "La Iglesia en el mundo de estos tiempos" en el Párrafo 75, N° 1, dice: "Que es plenamente conforme a la naturaleza del hombre que se dé con estructuras político-jurídicas que ofrezcan sin cesar y cada vez más a todos los ciudadanos, sin ninguna discriminación, la posibilidad "efectiva" de tomar parte libre y activamente, tanto en el establecimiento de los fundamentos jurídicos de la comunidad política, como en la gestión de los asuntos públicos, en la determinación del campo de acción y de los fines de los diferentes organismos y en la elección de los gobernantes".

En el Párrafo 76, N° 1, agrega: "y que se distinga netamente entre las acciones que los fieles, aisladamente o en grupo, puedan realizar en su nombre propio, como ciudadanos guiados por su conciencia cristiana, y las acciones que ellos lleven a cabo en nombre de la Iglesia y en unión con sus Pastores".

Por consiguiente el católico al

opinar con libertad y discrepar, si así le dice su conciencia, de la opinión de los demás católicos, ejercita el derecho que consagra el Concilio Vaticano a todo ciudadano de cualquier país de la Tierra.

No quisiera, por nada de este mundo, poner en el tapete de una discusión pública, actitudes, palabras o posiciones que deben considerarse en el seno de una Asamblea de hermanos, pero somos muchos los que quisiéramos ver a nuestra Iglesia, preocupada de lo suyo. Comprendo que esta frase es difícil, pero involucra un concepto que constituye la única manera de que nos unamos, y que no perdamos, momento a momento, almas que se alejan porque no nos comprenden, al ser heridas en sus sentimientos más íntimos, o almas que se rien de nosotros usándonos para sus propios fines.

La Iglesia tiene una finalidad muy superior a la que se enmarca en los estrechos límites de lo contingente. La Iglesia es algo mucho más que la asistencia social. La Iglesia es algo que todos los católicos entendemos, pero que nos cuesta asimilar.

Nos parece injusto, y no podemos silenciarlo, el hecho que se digan cosas que hieren y lastiman las actitudes de los hombres que en gesto patriótico, aun a riesgo de sus propias vidas, nos han querido salvar del marxismo. Cuando se escribe o se dice algo, no sólo cuenta lo escrito o dicho, sino también lo que se deja de decir, o lo que se lee entre líneas.

Estos hermanos nuestros, porque no sólo son hermanos los que sufren la miseria y el dolor, sino todos, pues este dolor no está sólo en la carencia de algo sino que puede estar en la incompreensión; estos hermanos que han tomado a su cargo una responsabilidad que les debe pesar sobre sus espaldas son muchas veces objeto de expresiones, que yo me atrevería incluso a calificar de groseras y mal educadas, con las cuales no podemos estar de acuerdo.

Más aún, si se tiene presente la expresión del Concilio Vaticano en la misma Constitución Pastoral, en el Párrafo 75, N° 3: "Pero si teniendo en cuenta el bien común, se restringe por un tiempo el ejercicio de los derechos, que se restablezca lo más pronto posible la libertad, cuando las circunstancias hubieren cambiado". Es el caso nuestro.

Si muchos de nosotros cometimos la ingenuidad de creer en las falsas promesas de nuestros antiguos gobernantes, ¿por qué hemos de caer en la injusticia de no creer a los actuales cuando ellos lo dicen?

Somos muchos los que no quisiéramos por ningún motivo que nuestra Iglesia se convirtiera en el Caballo de Troya para introducir de nuevo el marxismo en nuestra patria.

Hay aquí un peligro que yo me atrevería a señalar: los sacerdotes hemos ingresado a nuestro ministerio en un afán de servir. La inmensa mayoría de nosotros estaría en condiciones de actuar en otro campo con brillo y desenvoltura, pero nos apremió el dolor ajeno.

Los sacerdotes, por otra parte, somos hombres receptivos; la gente llega con sus culpas y problemas, y conocemos, tal vez casi como el médico, sin que expresar esto sea pretensión, el dolor humano, y si no se tiene el equilibrio que dan únicamente la experiencia y la oración, es posible que cualquiera se sienta inclinado hacia doctrinas que quieran servirse de nosotros para aparentar lo que no son. Como dice la Escritura, son lobos con piel de cordero.

Por todo esto es que si en el seno de la Iglesia no hay una autoridad firme, que sea capaz

de decir y llamar a cada cosa por su nombre, ella corre el peligro gravísimo, que debemos detectar a tiempo y ser inflexibles en solucionar, de no transformarse en un nuevo y trágico Caballo de Troya.

Se nos llama a menudo al perdón, a la comprensión, en una palabra, al amor. Está bien, pero somos muchos los que no quisiéramos que se confundiera amor con debilidad. ¿Desde cuándo el amor sólo significa palabras o actitudes dulces, sino principalmente reciedumbre y vencimiento de sí mismo? Para nosotros los católicos el compendio del amor está en la Cruz, y allí no hay debilidad. Ahí hay reciedumbre, ahí hay hombría, ahí está Cristo.

En cada una de las páginas del mismo Evangelio en que se dice: "En esto conozcan todos que sois mis discípulos en que os améis los unos a los otros", aparece una actitud recia, varonil; ahí se habla de raza de víboras, ahí se habla de hipócritas, de sepulcros blanqueados, ahí se toma el látigo y se expulsa a los mercaderes del templo.

Se señala, con mucho y demasiado énfasis, el que tenemos que amar a nuestros enemigos, y no se recuerda lo suficiente la lección de San Mateo, capítulo 18, versículo 15 y siguientes, y San Lucas, capítulo 17, versículo 3.º y siguientes: "Si tu hermano llega a pecar, véte y repréndele a solas tú con él; si te escucha habrá ganado a tu hermano; si no te escucha, toma todavía contigo uno o dos, para que todo asunto quede zanjado por la palabra de dos o tres testigos. Si no les hace caso a ellos, díselo a la comunidad, y si ni a la comunidad hace caso, considéralo ya como al gentil y al publicano".

Sólo en el seno de una conversación fraterna se puede llegar a la concreción de unidad con respecto a todas estas ideas.

Somos muchos los que no queremos nada con el marxismo ateo ni con las ideologías que lo acerean de una o de otra manera, ni con los vicios de los que pensando bien, de uno u otro extremo, actuaron mal y permitieron su intronización.

Lo decía al comenzar esta carta, señor Arzobispo, que venía de visitar las Casas del sur. Si pudiera extenderme, le contaría lo penoso que es ver lo que quedó de una obra hermosa, después del período anterior. Si le contara de Casas en que el niño, incluso, encontraba en la noche una bata para levantarse, y que ahora no son ni sombra de lo que antes fueron. Si le contara de la disminución del presupuesto, si le contara de la intromisión de gente que quiso aprovecharse de la miseria de los niños para hacer prosélitos.

Cuando uno ve y constata estas cosas en los que más quiere, comprende absolutamente a aquellos que toman como bandera y como decisión de su vida el impedir a toda costa que Chile vuelva a ser marxista. Yo, señor Arzobispo, me sumo con entusiasmo y con plena conciencia a la legión de los que piensan de esta manera.

Me resta únicamente pedirle disculpas por haberle enviado esta carta en forma pública, pero, conociendo su bonhomía y su humildad, sabía que sólo me llegaría una tarjeta cordial, acusando recibo.

Mi intención es y era, además de felicitarlo, rendir mi testimonio a los que se merecen el agradecimiento de los chilenos y expresar la preocupación que tengo de que nuestra Iglesia, si no enmienda rumbos, no sirva, como todos deseamos, para engrandecer a la patria.

Le saluda con especial afecto y agradecimiento su afectísimo hijo en Cristo nuestro Señor.

Que Dios bendiga a nuestra patria.

Alfredo Ruiz-Tagle Jiménez
Presidente
Fundación MI CASA